

la segunda conferencia, en la que les entretuvo con los principados y poderes invisibles del infierno. Habló de la caída de los ángeles rebeldes. Dijo que hay entre ellos principados y poderes puesto que hay tambien algunos entre ellos que mandan y tienen como cierto poder sobre los demás ; que sin embargo se hacen entre ellos la guerra como la hacen á los hombres ; que cada uno de nosotros tiene su ángel bueno como se evidencia por muchos lugares de la Escritura ; pero que nosotros tenemos tambien uno malo que se dedica particularmente á tentarnos, como se ve por el ejemplo de Job. Que aun cuando el demonio que nos engaña sea mucho más castigado que nosotros á quienes seduce, puesto que despues de haber hecho caer á Adan, fué él mismo derribado al suelo por la maldición que contra él fulminó Dios, nosotros no dejamos sin embargo de ser castigados como lo fué Adan, por habernós dejado sorprender. « Por esto, dice él, conviene grandemente tener cuidado de no dejarse llevar por malos consejos, porque aun cuando el principal castigo de estos recaiga sobre el autor, no obstante el que en ellos consiente no será exento de pena, como no lo es de la culpa. »

El mismo abad Sereno, hablando de las diferentes indicaciones que hay en los demonios, de los cuales unos se contentan con espantar á los hombres con panicos terrores, otros, más crueles, llenan su corazon de una variedad ridícula, y otras les inspiran no solamente la mentira sino que tambien les llevan á la blasfemia, dice que él mismo habia sido testigo de esto, y que con sus propios oidos habia oido al demonio confesar que se habia servido de la boca de Arrio y de Eunomio para publicar por ellos las impiedades y los sacrilegios de su heregia.

---

#### EL ABAD AGATON <sup>1</sup>.

Este religioso habitó muchas soledades ; sin embargo en Sceté fué donde principalmente residió y siempre fué mirado como uno de los principales padres de aquel desierto á los cuales edificó por el brillo de sus virtudes y de su doctrina hácia la mitad del siglo cuarto.

Inoramos el nombre del que le educó en las prácticas de la vida monástica ; pero parece que las primeras en que se ejercitó, fueron la obediencia ciega y el silencio. Tuvo durante tres años un guijarro en la boca para acostumbrarse á callar, ó como una señal que tenia siempre presente para no hablar sino cuando era más necesario que el no decir nada. Con esta práctica adquirió una tan gran discrecion en sus palabras, que hablando de él San Pemen con algunos solitarios, y habiéndole dado el titulo de abad, que solo se daba á los ancianos por respeto, (Vit. PP. l. 5. ib. 15. 8. 40) como le testificaran por ello su sorpresa, les respondió que su boca le habia adquirido este titulo.

Tan felices principios fueron seguidos de un maravilloso proceso. Los que recogieron las acciones y palabras notables de los Padres de los desiertos, (Cot p. 356) irdenle este justo elogio á saber, que estaba dotado de una eminente sabiduria, que era infatigable en los trabajos, y que era igualmente sobrio en el comer y modesto en su vestidos. Pero es tambien un efecto de su prudencia el usar en todo de aquella

<sup>1</sup> Vit. PP., Cotelier.

discrecion que San Antonio el Grande recomendaba tanto y que consideraba como una virtud esencial. Esto hacia que no trabajara sobre sus fuerzas ni con aquel apresuramiento que preocupa el espiritu y le quita la libertad de conservarse en el recogimiento, y que en sus vestidos no habia nada de singular, de modo que no podia decirse que fuesen demasado buenos ni demasados malos.

Su espiritu de discernimiento y de prudencia le adquirió discípulos y atrajo frecuentemente otros solitarios á su celda para recibir sus consejos en sus dificultades. Tenia gran cuidado de que sus discipulos le diesen cuenta de su conducta. Habia dos entre los otros que vivian en celdas separadas como anacoretas; y él les visitaba de tiempo en tiempo para saber en qué se ocupaban y si hacian progresos en las virtudes de su estado. Un dia, habiendo ido á verles, preguntó á uno cómo se habia portado, y este le respondió entre otras cosas: « Padre mio, yo guardo el ayuno hasta la noche, despues de lo cual como dos panecillos. » — « Esto no es muy penoso, le dijo; sin embargo haceis muy bien. » Fuése en seguida al otro á quien hizo la misma pregunta; y este le respondió: « Padre mio, yo no tomo nada durante dos dias, despues de lo cual como mis dos panecillos cocidos bajo la ceniza. » — « He ahí uno que es austero, le dijo, y teneis que sostener dos combates; el uno guardar el ayuno durante dos dias, y el otro hallarse despues de estos hambriento y no saciaros. »

No queria sin embargo que ningun religioso hiciese consistir su principal deber en los ejercicios que afligen la carne; sino que queria que se juntasen á ellos las virtudes interiores de suerte que velase sobre su corazon á medida que afligia al cuerpo con la mortificacion exterior. Preguntáronle en cierta ocasion qué cosa era más agradable, á si Dios: el trabajo corporal ó la vigilancia sobre, sí mismo, y él dió esta hermosa respuesta. « El hombre se parece á un árbol,

cuyas hojas se refieren al trabajo del cuerpo y los frutos á los cuidados que se debe tener de velar sobre su interior. Asi que puesto que está escrito *que todo árbol que no lleve buen fruto será cortado y echado al fuego* (Matt. 3), tenemos necesidad principalmente de velar sobre nosotros mismos á fin de llevar buenos frutos espirituales, lo cual no impide que tengamos tambien necesidad del trabajo, como las hojas sirven á los árboles para adornarlos y cubrirlos ».

Decia tambien sobre el mismo asunto, que un religioso debe velar tan atentamente sobre su conciencia que la conserve en una gran pureza, sin que ella pueda reprocharle cosa alguna y añadia tambien que era necesario que fuése fiel en observar los mandamientos de Dios, sin lo cual no llegaria jamás á adquirir siquiera una sola virtud. Finalmente quería que a todas horas pensase en el juicio que Dios debía hacer un día sobre todas nuestras acciones. En cuanto á él, confesaba que si se examinaba tan de cerca sobre todo en lo que concernia á la caridad, jamás se hubiera atrevido á acostarse con el menor resentimiento contra nadie ó sin haberse reconciliado cuanto hubiese podido, si hubiera sabido que alguno hubiese estado indispuesto contra él.

Aun cuando practicó todas las virtudes puede decirse que sobresalió principalmente en dulzura, en rectitud, en caridad y en desapego de las cosas de la tierra. Su dulzura aparecia en la conducta que guardaba con respecto á sus discipulos. No sabia corregirlos sino con bondad y afabilidad.

El abad Daniel contaba que en el número de los juvenes solitarios que dirigia, habia uno llamado Alejandro, á quien queria á causa de su docilidad y exactitud en la observancia de los ejercicios monásticos. Sucedió pues que estando todos ocupados en lavar en el rio la ropa de lino que llevaban, Alejandro pareció á los otros trabajar con menos ardor, y dijeron al abad Agaton que él no hacia nada. Re-

prendióle por ello, y Alejandro dió muestras de pesar ; pero el santo abad le dijo despues en particular : « No os aflijais, hijo mio ; yo he visto que trabajabais mucho ; pero he creído sin embargo deberos reprender delante de los otros para ablandar su espíritu por vuestra obediencia ».

Estábase tan persuadido de su dulzura y moderacion, que algunos hermanos, á causa de la reputacion que de él tenían, quisieron ponerla á prueba por sí mismos. Fueron pues á hallarle y le dijeron : « Padre mio, muchos hermanos se escandalizan de que seais un hombre vano y deis tanta libertad á vuestra lengua, que no contento con despreciar á los demás, os atreveis todavia á decir mal de ellos ; y lo que es peor es que, estando sujeto á malos vicios, quereis no parecer solo en faltar á vuestro deber. A lo cual él respondió : « Teneis razon, hermanos mios, y no puedo dejar de convenir en todo cuanto me decís ; » y al instante postrándose delante de ellos añadió : « Os suplico, hermanos mios, que redobleis vuestras oraciones por este miserable que ha ofendido á Jesucristo con tantos pecados á fin de que se digne perdonármelos ». — « Pero, prosiguieron los hermanos, nosotros no debemos disimularos que tambien se dice que sois herege. » A estas palabras respondió : « Aun cuando sea culpable de muchos grandes pecados, os aseguro que estoy exento de este, y Dios me libre de caer jamás en una tal desgracia.

Entonces aquellos religiosos admirando por una parte la dulzura con la cual habia sufrido sus reproches y curiosos al mismo tiempo para saber de él porqué habia dado muestras de horror de ser sospechoso de heregia, se postraron á sus pies y le suplicaron con las más vivas instancias que les dijese la razon de ello ; lo cual hizo de esta manera : « Yo he sufrido vuestros primeros reproches porque la humildad me ha obligado á ello á fin de que me reconozcaís como un gran pecador ; porque sabemos que la práctica

de la humildad es uno de los más grandes medios que tenemos para salvar nuestra alma. Venos en efecto que Nuestro Señor Jesucristo nos dió de ella ejemplo, sufriendo con admirable paciencia toda clase de afrentas é injurias por parte de los Judios. Sufrió igualmente que falsos testigos depusieran contra él sus calumnias, y finalmente arrojó tambien el suplicio de la cruz. Por esto el apóstol San Pedro dice que sufrió por nosotros á fin de que dándonos un tan hermoso ejemplo de paciencia, andemos siguiendo sus huellas Hay que sufrir á imitacion suya con una humilde paciencia todo lo que contra nosotros se dice. Pero en cuanto á la acusacion del crimen de heregia, os confieso que no he podido oírla sin horror, porque la heregia separa del Dios vivo y verdadero á aquel que está inficionado de ella, y lo une á Lucifer y á sus malaventurados angeles. Y estando así separado de Jesucristo, no tiene ya á Dios á quien pueda pedir perdon de sus pecados ». Habiéndole aquellos hermanos oído hablar de esta manera, admiraron su discrecion y se aprovecharon de ella como de una instruccion muy útil y saludable.

Tenía tanto horror á la cólera que decia que aun cuando viese resucitar un muerto por un religioso que estuviese sujeto á abandonarse al pecado de cólera, no creeria por esto que fuese agradable á Dios.

Su dulzura y humildad no le impidieron hablar con firmeza en una ocasion en que creyó que la justicia y la caridad le obligaban á ello. Los solitarios de Sceté se reunian algunas veces para negocios importantes, y no siendo todavia el abad Agaton del número de los ancianos, llegó á una de aquellas asambleas cuando se habia terminado. Dijéronle lo que en ella se había resuelto, y dijo fuertemente que se había engañado. Esto les admiró y alguno le preguntó quién era él para hablar así ; á lo cual respondió con la misma fuerza : « Yo soy uno de los hijos de los hombres, y voso-

tros debeis recordar que está escrito : *Si la justicia está verdaderamente en vuestras palabras, juzgad pues, oh hijos de los hombres, segun la equidad.* (Bal. 57, 2).

Estando enfermo en la misma celda con otro antiguo solitario, un hermano les hacia la lectura de la sagrada Escritura, y habiendo llegado á aquel punto del Génesis en que Jacob dice á sus hijos : *He ahí que José ya no existe asi como Simeon, ¿ y vosotros quereis todavia llevaros a Benjamin ¿ Quereis pues en mi vejez hacerme morir de afliccion ?* (Gen. 12, 36-38). El anciano, oyendo estas palabras dijo : « ¡ Oh padre Jacob ! ¿ No teniais bastante con los otros diez hijos ? » Oyéndole Agaton hablar de esta manera le dijo : « Cesad bien viejo de hablar de esta manera. ¿ Os toca á vos vituperar lo que Dios aprueba ? » Decia tambien en una ocasion semejante. « Aun cuando tuviese á mi lado á alguno que me fuese todavia más querido, yo me separaria de él al instante, si era para mí ocasion de relajacion.

A causa de esta rectitud, jamás sufría impunemente que se causara el menor perjuicio á quien quiera que fuese. Fué a él un dia un hermano á rogarle que le recibiese en el número de sus discípulos, lo cual él le prometió. Cuando volvió algun tiempo despues para morar junto á él, halló en su camino un poco de nitro, y lo tomo. Viendo Agaton este nitro le preguntó de dónde lo había tomado y el hermano le respondió que lo había encontrado en el camino. « ¿ Quereis, le replicó el santo abad, venir á morar cenmigo, y habeis tomado lo que no os pertenecia ? » Y él no quiso tenerlo más hasta que hubiese llevado aquel nitro al punto en que lo habia encontrado.

Otra vez, yendo por los campos con sui discípulo, uno de ellos encontró en el camino una pequeña caja de garbanzos todavia verdes y le pidió permiso para tomarla. El abad, mirándole con un aire de admiracion, le dijo : « ¿ Sois vos

quien la habeis puesto ahí ? ¿ Porqué, pues, quereis tomar lo que ahí no habeis puesto ? »

¿ Qué diremos de la compasion que tenia de los males de los demás, y de cuál era entonces la ternura de su caridad ? Él confesaba un dia á cierto hermano que cuando veía á un leproso deseaba, si la cosa era posible, cambiar su cuerpo con él para librarle de su mal, y sufrirlo en lugar suyo. Habiendo ido á la ciudad para vender sus trabajos, encontró en medio de la plaza, á un pobre forastero enfermo y echado en tierra, sin que nadie lo sintiese. Movióse con esto á compasion y al instante alquiló un cuarto en el que se metió con él, le socorrió y cuidó con lo que ganaba con su trabajo y no le abandonó por espacio de cuatro meses que duzó su enfermedad : despues de lo cual viéndole curado le dejó y volvió á su celda.

Otra vez encontró en su camino á un enfermo que le rogó que le llevase á la ciudad, lo cual él hizo : Y á medida que vendia algunos de sus trabajos, el enfermo le suplicaba que le comprase ó bien una torta, ó bien alguna otra cosa de la que decia tener necesidad, lo cual hacia con la misma caridad. Finalmente al volverse á su soledad, aquel hombre le rogó que le llevase de nuevo al mismo lugar en que le había tomado ; lo cual hizo tambien con la misma docilidad. Pero cuando estuvo allí, el enfermo le dijo : « Bendito sois de Dios, oh Agaton, en el cielo y en la tierra : » y al mismo tiempo desapareció. Esto hizo creer con fundamento que era un ángel el que Dios le habia enviado para probar su caridad.

Siempre estaba pronto á tomar sobre sí las penas para aliviar á los demás, y para dar lo que tenía cuando creia que los otros lo deseaban ó tenían de ello necesidad. Así que cuando era necesario pasar nl agua, él era el primero en apoderarse del remo ; cuando algun hermano iba á verle, se apresuraba al instante á preparar por sí mismo

la mesa ; y si alguno daba muestras de estimar alguna cosa que él tuviese en su celda, él se la presentaba y le obligaba á aceptarla.

Daba por regla á sus discípulos que jamás tuviesen cosa alguna que no diesen sin pena á alguno si se la pedia. Añadía tambien : « Dad al que os pida, y jamás rechaceis al que quiera tomaros alguna cosa prestada.

No menos por desapego que por caridad, practicaba él lo que acabamos de decir, y este desapego era una de las virtudes que recomendaba principalmente á sus discípulos. Citóles en cierta ocasion el ejemplo de un solitario que bien merece ser referido como muy edificante. Ponémoslo aquí despues de un aviso muy importante que dió tambien á un hermano que fué á preguntarle cómo debía portarse en una comunidad en que quería entrar.

He ahí como se ha contado en la *Recoleccion de las sentencias de los padres*. El abad Pedro que habia sido discípulo de otro abad llamado Lot, decia : « Encontréme un dia en la celda del abad Agaton, cuando vino á ella un hermano y le dijo : « Padre mio, tengo el propósito de morar con religiosós en un monasterio ; os suplico que me digais cómo debo portarme allí : » A lo cual Agaton respondió : Vivid en él como el primer dia que entrareis en el mismo ; esto es, con el mismo recato, y sin tomaros la libertad de hablar y de mezclaros en lo que no os atañe, y pasareís en reposo el tiempo de la peregrinacion de esta vida. El abad Macario, que se hallaba presente, le preguntó lo que podria hacer está libertad, y el abad Agaton respondió : « Es como un sol ardiente al que nadie puede sufrir y que daña todos los frutos de los árboles. » — « Pero, replicó Macario, ¿ es posible que esta libertad pueda producir tan malos efectos ? » — « Si, sin duda, contestó Agaton ; yo no conozco pasion más peligrosa que aquella. Es la madre de todas las demás, y un religioso que quiera te-

ner cuidado de su alma, jamás debe manifestar atrevimiento aun cuando estuviere solo en su celda. A este propósito os diré que yo conocí á un religioso que vivia con un tal recato y con un tan gran desapego, que habiendo morado largo rato en una celda, no se habia apercebido de una camita que habia en ella y él habria salido de la celda sin saberlo, si otro no se lo hubiese dicho ; y he ahí lo que puede llamarse con verdad trabajar en su salvacion y combatir bien contra sí mismo y contra el demonio. »

Al mismo propósito podemos referir aquella hermosa sentencia : « Si morais con alguno, sed como una columna de piedra, que no se encoleriza cuando se la maltrata, y que no se levanta cuando la alaban.

Ocupábase en hacer cribas y cestas ; y decíase de él y del abad Amon, que cuando vendian sus trabajos decian en una palabra el precio en que los habian tasado, despues de lo cual recibian en silencio lo que que por ellos se les daba sin ni siquiera contarlos. Compraban tambien sin regatear las cosas que necesitaban dando sin decir palabra el precio que se les pedia. « Porque, decia el abad Agaton, ¿ de qué sirve el disputar ya sea que se venda ya que se compre ? ¿ Y por qué esponer con esto á los otros á enfadarse y quizás á jurar ! ? Si disputando gano un poco más ¿ no será necesario que haga limoma de lo restante que tenga ? pero Dios no me pide esta limoma ; él no ama que yo le haga sacrificios esponiendo á los otros á pecar. » — « Esto sí que es bueno le replicó un hermano ; pero de dónde irá el pan á vuestra celda ? » — « El pan en la celda, respondió él, no es lo que hay de más importante. »

Un seglar le presentó dinero por la necesidad que creia que de él tenia ; mas él rehusó recibirlo, diciendo que el trabajo de sus manos le bastaba para su manutencion. El seglar insistió instándole para que lo tomara al menos para distribuirselo á los demás, por lo cual él le respondió : « Yo

tendria doble vergüenza, ya por recibir un dinero que no necesito, ya por esponerme ha ser tentado de vanidad dando á los demas un bien que no es mio. »

Este grande hombre tenia su corazon tan fijo en el cielo con sus deseos, que en nada lo tenia sobre la tierra; por esto cambiaba sin pena de lugar, sin llevarse siguiera con él muebles ni provisiones. Despues de haber trabajado mucho tiempo con sus discípulos en edificar una celda, habiendo apercebido en ella desde la primera semana una cosa que no le gustaba, y que quizás era contraria al juicio que tenia formado de una pobreza perfecta, dijo á sus discípulos: « Levantaos y salgamos de aquí. » Estos muy admirados de tal resolucion le dijeron: « ¿ Porqué habeis querido emplear tanto tiempo en edificarla, si teniais resuelto abandonarla tan pronto. ? ¿ No temeis que sea esto motivo de escándalo y que se diga: Mirad esos inconstantes, que ya se marchan; no saben permanecer fijos en ningun lugar? » Como él les vió tan tristes y abatidos, les dijo. Si hay personas que se escandalvicen de nuestro cambio no faltarán otras que jurgazán de él completamente al revés y que dirán muy edificados: Hé ahí unos hombres bienaventurados que abandonan su morada para seguir la voluntad de Dios sin preocuparse de lo que tienen. Sin embago, añadía él, sois libres de seguirme ó de quedaros; en cuanto á mí, yo me voy. » Entonces se echarron á sus pies y le suplicaron que les permitiese irse con él.

Su vigilancia sobre sí mismo hacía, que estuviese sumamente atento á arrojar de su espíritu todo mal juicio contra el prójimo; y cuando veía alguna cosa que le llevaba á condenar á alguno, al instante entraba dentro de sí mismo y se decia: « ¿ Querrias tú hacer lo que condenas? » De esta manera volviendo sobre sí mismo sus reflexiones, las apartaba de sus prójimo.

Sabemos de él, con motivo de la oracion, una hermosa

instruccion, y que es muy propia para consolar las almas piadosas que se afligen algunas veces con demasiada inquietud por las distracciones que á pesar suyo padecen en la oracion. Entreteniéndose con él algunos solitarios, le rogaron que les dijese qué virtud era la más difícil de practicar: « Perdonadme, hermanos míos, les respondió; pero me parece que es la oracion. Porque cuando queremos orar á Dios, los demonios hacen todos sus esfuerzos para interrumpirnos con distracciones, estando persuadidos de que nada hay tan poderoso como la oracion á Dios para impedirles que nos hagan daño. Asi que perseverando en los demás ejercicios de la vida religiosa, encontramos en ello algun reparo; pero en cuanto á la oracion siempre tendremos que combatir en ella hasta el fin de la vida. »

Un solitario le pidió algun medio para librarse de los malos pensamientos, y él le dió el siguiente: « Id, presentaos delante de Dios con vuestra impotencia, confesándosela humildemente, y sereis consolado. »

Aun cuando lo que acabamos de decir de este excelente solitario, sea muy á propósito para servirnos de instruccion, puede decirse que su bienaventurada muerte nos proporciona una de las más edificantes. Los autores de la historia monástica refieren sus circunstancias muy levemente; pero sus relaciones nos hacen admirar en él un santo temor, que era una série de las saludables reflexiones de toda su vida sobre la severidad de los juicios de Dios, una humilde desconfianza de sus propias obras, un pleno abandono de confianza en la misericordia del Señor, y finalmente una muerte que puede llamarse un traspaso amoroso por la dulzura y alegria en Dios de que se vió acompañada.